Félix Lizaso (1891-1967)

La biografía de Lizaso ha de contemplar dos épocas: la primera, casi medio siglo de actividad intelectual, de escritor, cuyo centro de gravedad caería en el develamiento de Martí; la segunda estará formada por los últimos cinco años, cuando su obra se le impone y le dicta una conducta con eje de vivencia martiana. Maestro lo fue siempre; con la pluma primero, con el ejemplo después. Bien sabía la fórmula justa: "El apóstol, que lo sea a costa suya", y cuando la fe pidió tributo a la acción, Lizaso no distrajo la carga: por el vivir amargo de un deber trocó la graciosa comodidad de su pluma elegante. De los cubanos, desde su destierro, dijo Martí, que "vamos todos partidos en dos, con nuestras energías regadas por el mundo, viviendo sin persona en los pueblos ajenos, y con la persona extraña sentada en los sillones del nuestro". Y así anduvo Lizaso sus pasos postreros, porque se había roto el corazón para salvarle la honra, y vivió sin persona, como el que siente ultraje en su tierra.

Félix Lizaso nació en Pipián, un pueblo pequeño en la provincia de La Habana, el 23 de junio de 1891. Cuando terminó sus estudios en el instituto de la capital, empezó a trabajar en un prestigioso bufete; allí disfrutó de la amistad de Francisco José Castellanos, hijo del abogado principal de aquella oficina, cuya muerte en 1920 privó a Cuba de una de sus mejores promesas. El interés por la literatura de aquel joven y valioso ensayista atrajo a sus tertulias a un ilustre dominicano: Pedro Henríquez Ureña. Por tercera vez visitaba La Habana el que ya era admirado escritor, por sus *Ensayos críticos*, y su *Horas de estudio*, ahora huyendo del ingrato ambiente de México en 1914. En una velada literaria, en casa de Castellanos, conoció Lizaso al que habría de ser "primado de la cultura americana", como él le llamaría al rendirle homenaje póstumo en 1946, desde la Universidad de la Plata. Así se iniciaba otra prueba del magisterio de Pedro Henríquez Ureña, porque la vocación de Lizaso como escritor, en sus difíciles comienzos, también contó con la ayuda y orienta-

ción del maestro generoso. Las cartas que recibió entre 1916 y 1924 de su amigo y consejero, explican la deuda de gratitud que siempre sintió Lizaso por él, y nos muestran las justificadas esperanzas de don Pedro con los primeros trabajos del que habría de ser ejemplar martiano. De aquella correspondencia dejó dicho Lizaso: "Alentado por palabras venidas de pluma de tanta calidad, continúe escribiendo y publicando artículos que siempre le mandaba. Ya sus cartas tenían de continuo una referencia a mis trabajos, señalándome pautas y dándome nuevos alientos... Sus consejos me alentaron desde entonces continuamente, y su tesón fue superior a mis propias disposiciones. ...En sus cartas hallaba siempre la lección de la amistad y del saber".¹

Por recomendación de Pedro Henríquez Ureña, que había terminado sus estudios en la Universidad de Minnesota, Lizaso aceptó un puesto en la Universidad de Princeton, pero regresó a Cuba en 1920 porque sentía la urgencia de trabajar por el mejoramiento cultural de su país. En La Habana ingresó en la Comisión de Servicio Civil, y en ella permaneció hasta la revolución de 1933 que derrocó la dictadura de Machado. Mientras tanto se fue perfilando como una de las figuras más importantes de su generación, a la que pertenecieron Jorge Mañach y Francisco Ichaso, compañeros que le precedieron en la muerte y en el destierro. Toda actividad que tendía al mejoramiento político y cultural de Cuba, contó con su concurso: "La protesta de los trece", en 1923, la primera rebelión juvenil en la República contra los abusos del poder; el "Grupo minorista", el pequeño cenáculo que quiso crear, entre 1925 y 1927, una conciencia honrada en el país; la peña de escritores en casa de Rubén Martínez Villena, dedicados a la revisión del movimiento poético, donde nace la famosa *Antología de la poesía moderna en Cuba* (1926), ordenada por Lizaso en colaboración con José Antonio Fernández de Castro; la *Revista de Avance* (1927-1930), el vocero oficial del vanguardismo criollo; y el "rescate de Martí", su actividad más hermosa, que emprende junto a otros nobles cubanos y da el cauce definitivo a su vocación de escritor.

La ordenación de Lizaso en el culto martiano se produce con la publicación de los *Artículos desconocidos de Martí* (1930) y los tres volúmenes del *Epistolario* (1930-1931). Pero desde años anteriores había mostrado inclinación por la vida y la obra del Apóstol: con mayor frecuencia fue interrumpiendo valiosos trabajos de crítica literaria, sobre escritores americanos, para ahondar, con artículos y ensayos, en la vida de Martí.

¹ Por el interés de estas cartas que Lizaso atesoró hasta su muerte, y que nos han sido confiadas por gentileza de sus hijos Jorge y Pedro Lizaso, vamos a entregarlas, una vez ordenadas, para su publicación en la *Revista Iberoamericana*.

Si los primeros pasos de escritor los da bajo la tutela de Pedro Henríquez Ureña, la cristalización de su martiolatría se realiza bajo la advocación de otro ilustre visitante, español éste: don Fernando de los Ríos. En 1928 el discípulo y sobrino de Francisco Giner dictó un ciclo de conferencias en la Institución Hispano-cubana de Cultura y tanto impresionaron a Lizaso que le hizo decir a raíz de aquellas charlas: "Todos conocíamos a Martí, y sin embargo, en aquella cálida evocación surgió la amplitud de un alma, la amplitud de un gesto, distendiéndose por todos los contornos, invadiendo la altura y la lejanía; vimos un Martí aún más grande, más alto, envolviendo en sus reflejos los ánimos vacilantes". Así coinciden, en la biografía de Lizaso, por el influjo de Pedro Henríquez Ureña y de Fernando de los Ríos, el mejor magisterio de nuestra América y de España.

A partir de 1930 toda está preparado para seguir los pasos de su "místico del deber". Más de trescientos títulos formarán su bibliografía martiana: desde libros fundamentales —*Pasión de Martí* (1938), *Martí, místico del deber* (1940), *Martí y la utopía de América* (1942), *Martí, espíritu de la guerra justa* (1944), *Martí, crítico de arte* (1953), *Proyección humana de Martí* (1953), *José Martí, reuento de centenario* (1953), *Martí, precursor de la Unesco* (1954)— hasta sus trabajos en publicaciones periódicas de toda la América hispana y en los veinte volúmenes de la revista *Archivo de José Martí*. Sin lugar a dudas, Lizaso encontró en el camino martiense el sentido de su existencia, y de ahí, junto a la esencia cubanísima de su obra, la virtud de sus actos todos. Nada en él podrá explicarse fuera de tan sublime inspiración: desde cualquiera de sus escritos ocasionales hasta las más importantes decisiones en su vida destilan la preciosa doctrina. Para Lizaso nunca fue muerta la palabra de Martí, sino estímulo y forma de vida. "Si nos reconocemos en esa voz y ese ejemplo", decía, "como los más altos y puros que puedan llegarnos, hacerlos sangre de nuestro espíritu y norma de nuestra conducta, será el mejor modo —el más directo y acertado rumbo— para llegar a nosotros mismos, buscándonos y realizándonos en él".

Pero el tema vital no le estorbó sus otras preocupaciones: la cultura de América y la de Cuba; sobre ellas nos deja su interpretación del criollismo literario y de las actitudes filosóficas de España y América, y valiosos juicios críticos sobre Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Ricardo Güiraldes, junto a sus obras sobre Domingo del Monte, Rafael María Merchán, Enrique José Varona, Rafael María de Mendive, Francisco José Castellanos, Cosme de la Torriente, su antología *Ensayistas contemporáneos* (1938) y el *Panorama de la cultura cubana* (1949). Además, quedó la huella de su paciente laboriosidad de veinte años en la

Dirección de Cultura del Ministerio de Educación; también como Director de la Biblioteca de la Academia Nacional de Artes y Letras, la del Instituto Nacional de Cultura, y en el Archivo Nacional de Cuba; en la Comisión Cubana de la Unesco y en la Academia de la Lengua; en la Editorial Trópico y en los mejores periódicos y revistas del país.

Al cabo de tan legítima y rica actividad, Lizaso vino a los Estados Unidos. Su salida de Cuba la describe José María Chacón y Calvo, su amigo entrañable: "El día 14 de enero de 1962", nos dice en carta reciente, "le dije adiós en el aeropuerto de Rancho Boyeros. No he visto a nadie tan triste como a Félix aquella mañana. Vinieron después sus cartas de la Florida: la misma tristeza. Luego los días de trabajo, de nuevos proyectos, de servicios nuevos a la patria cubana, a la cultura americana". . . Muy pocos pudo realizar con la pluma, porque se los impedían la mala salud. Vivió estos últimos cinco años "sin persona", casi en silencio, sin amargarse en el reproche ni rebajarse en la queja, abrazado al breviario que le aconseja: "Vierte corazón tu pena/ donde no te puedan ver,/ por pudor y por no ser/ motivo de pena ajena". Pero hasta donde le alcanzaron las fuerzas, salió en defensa del ideario al que había consagrado su vida; dijo desde una revista venezolana, de Martí: "No somos nosotros quienes lo han tomado para hacer de él lo que nunca quiso ser. Lo que tenemos que hacer es volver a nuestro Martí, el hombre de pureza ejemplar, de amor sin límites a Cuba y a todas las buenas causas". Y nos preguntamos ¿cómo no habría de estar triste Lizaso al ver, según afirmó en la misma ocasión, "su patria convertida en el mayor feudo del materialismo, en lo más ajeno al espiritualismo que jamás se haya dado en nuestra América", él, discípulo ejemplar de quien más ha amado la libertad en este continente, el defensor de "la dignidad plena del hombre"?

"Partido en dos", como advertía Martí, "sin patria pero sin amo"; como vivió Martí, murió Félix Lizaso, en Rhode Island, el día 9 de enero. Escritor, deja en el vacío de su muerte, en un milagro del silencio que se hace verbo, un llamado elocuente a los hombres libres de América.

CARLOS RIPOLL

Queens College, New York